

Año 1

Nº 4

ANALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

Elias Leiva

Luis Castro A.

Rómulo Tovar

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL



Ateneo de Costa Rica

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1912

Presidentes Honorarios

Antonio Zambrana
Justo A. Facio

Presidente efectivo

Justo A. Facio

Vicepresidentes

Enrique Jiménez Núñez
Ernesto Martín

Vocales

J. Fidel Tristán
Tomás Povedano
C. González Rucavado
Anastasio Alfaro
J. J. Vargas Calvo

Secretarios

Fabio Baudrit
Juan Dávila



Ernesto Martin

Tiene 33 años de edad. Es abogado. Actualmente desempeña el cargo de Vicepresidente del Ateneo de Costa Rica. Hizo sus estudios en los colegios y Escuela de Derecho de Costa Rica, y obtuvo en ésta, en 1899 el premio correspondiente al alumno más distinguido de su curso. Ha sido Vocal de la Junta Directiva del Colegio de Abogados y es Catedrático por oposición del IV Curso de Derecho Civil. Fué Delegado de la Facultad de Costa Rica en la sesión solemne de las Facultades de Jurisprudencia de Centro América, promovida por la Universidad de El Salvador en 1911.

Ha sido Presidente de la Junta de Educación de San José y Cónsul General de Costa Rica en San Francisco de California, y ha desempeñado misiones diplomáticas en Panamá, Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

Es Secretario y Tesorero de la Corte de Justicia Centroamericana desde su establecimiento en 1908, y Director de los ANALES que publica dicha Corte. Fué Delegado de ésta en las fiestas del Centenario celebradas en El Salvador el año último y miembro de la Comisión de Paz enviada por la misma recientemente a Nicaragua.

Ha sido Director de varias revistas y periódicos, y lo es en la actualidad del diario EL NOTICIERO. En 1898 publi-

có un libro, PROSA, y en 1910 dió al teatro una comedia en dos actos, de costumbres nacionales, CUENTO DE AMOR. Ha pronunciado y publicado numerosos discursos y estudios sobre puntos de política, derecho y letras.

Es Académico Honorario de la Universidad de El Salvador, miembro de la Sociedad de Derecho Internacional de Wáshington, del Ateneo de Guatemala, etc.

Fernando Martín



Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.



Manduel Ugarte

Discurso pronunciado por don Ernesto Martín en la recepción
del señor Ugarte como socio del Ateneo, el 6 de mayo de 1912

Hace de ello un año. El invierno, instigado ya por las saetas de Flora, quiso cubrir una vez más a París con su clávide de armiño, como para llevarse una última imagen de blancura. La nítida toca añadía plástico carácter de vejez a las vetustas callejuelas del Barrio, poniendo canas de nieve sobre las arrugas centenarias de los muros; y frente a la mezquina plazuela que se le encara, la Capilla de la Sorbona, destacándose en un ambiente de sepia, parecía evocar la memoria de los siglos que pasaron; de las generaciones que una tras otra han construido, a través de la historia, con las fulguraciones de su inteligencia perspicua y de su investigación infatigable, la grandeza de la Francia,—como si fuese el símbolo de piedra del tardo, fatigoso conglutinamiento de esfuerzos y porfías, de abnegaciones y heroísmos, que en paciente labor de lentas centurias ha llegado a constituir ese prodigio que se llama la civilización del Viejo Mundo.

Los bancos del anfiteatro Richelieu, ocupados por nutrida concurrencia, entre la cual resaltan numerosas notas claras de exquisita elegancia femenil, y en el estrado graves personalidades de la diplomacia y de la ciencia. Presidiendo el acto, un Ministro Plenipotenciario de porte aristocrático;

al lado de él, en representación de la Academia de París, el eminente Profesor Landouzy, Vicepresidente del Consejo de la Universidad, Decano de la Academia de Medicina. Tras breves, conceptuosas palabras de éste, un ático discurso de aquél, cuajado de bellezas; y luego un joven de marcado aspecto tropical que lee gallardamente un discurso en que los períodos se despliegan con solemnidades de epopeya, tal como un bosque en marcha que avanzara por las inmensidades de la Pampa. Y mientras Leopoldo Lugones esculpía, con magnificencias de apoteosis, la figura de Sarmiento, en tierra por infinitos de distancia alejada de la patria que el apóstol hispano-americano evangelizó con las excelsitudes de su genio, diríase que sobre la cuasi milenaria Sorbona, que sobre aquel hogar de la cultura europea, relicario de los triunfos mentales de la humanidad vieja, cernía sus pliegues majestuosos la bandera azul y blanca de la República Argentina, anunciando con gesto de victoria, —insignia avanzada del continente colombino,—la consagración definitiva de nuestra raza indo-española.

Indicar las etapas del avance por la Argentina realizado, es marcar uno de los más asombrosos ascensos de la historia. En nuestra niñez se nos hablaba, a propósito de los Estados Unidos del Norte, de caseríos que cincuenta años transformaban en ciudades enormes; de desiertos convertidos en una década en centros de prolíficas actividades; de mezquinas empresas levantadas en un lustro a las gigantescas proporciones de industrias que llevan sus productos a los cuatro puntos de la Rosa,—todo ello por las titánicas energías de hombres de otra estirpe. Para legítimo orgullo y noble emulación de los pueblos de nuestra proge, podemos referir ahora nosotros maravillas semejantes:—Una ciudad que de 70,000 almas en 1850, sobrepasa un millón a estas horas; que en quince años transforma sus modestas viviendas en féerico cortejo de palacios; cuyas calles se alargan en cinta de kilómetros; cuyos malecones se extienden en cadena de millas; a cuyas puertas se ha hecho surgir del suelo, como por encanto, un bosque de ancestral pujanza; las especulaciones de cuya Bolsa se han centuplicado en una década; que tiene escuelas que pueden servir de modelo al mundo todo, teatros de millones de pesos para millares de espectadores, y hoteles y clubs en que la blancura impecable del mármol apenas se interrumpe por los frescos y telas de pinceles lau-

reados por la fama; en que la vida se presenta revestida de todas las opulencias del arte y los confores de la industria, como si hubiese brotado de las entrañas de Saturno armada ya de todos los atributos del progreso.—Un país que en veinte años duplica los millones de su población; en que lejanos terrenos, trabajosamente vendidos hace algún tiempo a cuatro pesos la parcela de veinticinco hectáreas, se disputan hoy a sesenta pesos por manzana; en que un ganadero paga 54,000 francos por un toro reproductor, y un criador de caballos de carrera 787,500 francos por un caballo padre; que hace construir para su marina súper-dreadnaughts de 27,500 toneladas; cuyos trigos y lanas son reyes de los mercados extranjeros; cuyo tanto de exportación por cabeza excede al de las cuatro grandes naciones exportadoras del Universo, — Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania y Francia; y sobre la más alta cumbre de cuyas fronteras se yergue, erigida en consorcio con otro de los dechados del continente, la figura divina del Redentor del Mundo, maestro de paz, de democracia y de concordia entre los hombres.

Representante ilustre de la intelectualidad de aquella ilustre tierra, nuestro modesto Ateneo se complace, señor Ugarte, en recibirlo como huésped de honor de la intelectualidad costarricense, asociando en el justiciero homenaje que os tributa el alma de la patria gloriosa que tan fielmente encarnáis, á los preclaros méritos literarios que han señalado vuestro nombre a la consideración entusiasta de las gentes. Porque a pesar de vuestra cultura europea, de vuestros quince años de París, durante los cuales la existencia complicada y sutil del bulevar, tan múltiple en sus aspectos pero tan francesa en su esencia, se ha reflejado cotidianamente en los prismas de vuestro temperamento artístico, continuáis siendo legítimo exponente de la briosa personalidad de vuestro país; casi diría de nuestra América, si las incertidumbres en que gran parte del grupo étnico se debate todavía, no imposibilitaran por ahora la síntesis de una generalización impuesta para pronto por la naturaleza y por la historia. Analizando los conceptos fundamentales de la estética esparcida en vuestros libros, encontraremos sin duda elementos de vieja cepa gala; pero la savia que los nutre, rica de juveniles vigores, ha transformado sus tradicionales florescencias.

Vuestra profesión de fe literaria es bien simple:—
 “Nuestro arte será libre, sano, audaz y joven como la tierra

en que ve la luz.—No somos el producto de una larga elaboración y de selecciones múltiples. No componemos un conjunto de hombres refinados por los siglos. No pesa sobre nuestros hombros la herencia de frivolidad de las cortes y las capitales históricas. Somos más bastos, más duros, más sólidos y más sanos, y necesitamos un arte en consonancia con nuestras naturalezas silvestremente rústicas, donde tejen todavía sus nidos los deberes, las bondades y los entusiasmos de la primera edad”. Marcando vuestra tendencia a afirmar la personalidad de nuestra familia dentro de la unidad del idioma, observáis complacido que la crisis de imitación francesa que se presentó como uno de los primeros frutos de la emancipación política, “fué de excelentes resultados, porque dió vivacidad al estilo, color a la frase, y orden progresivo al conjunto, renovando así la lengua y las tradiciones grandilocuentes y ceremoniosas de Castilla”.

La ingenua sinceridad de vuestros entusiasmos os lleva acaso, más de una vez, a atribuir al influjo de la lengua y literatura francesas ciertas felices evoluciones, cuyos antecedentes de posibilidad habrían tal vez con más justicia buscarse en la vena de oro que hasta nosotros llega directamente de la lengua y literatura españolas, tan ricas como ningunas otras de claridades y matices, de flexibilidad y fortaleza. El peso de la civilización de otras edades que sobre la conciencia de nuestros pueblos gravita desde que a hora tan avanzada de la humanidad surgieron a la autonomía política, frustrará quizás en su mejor parte la aspiración de propio y original movimiento que a nuestras actividades mentales señala vuestro credo; pero esos reparos, anotados al ligero pasar de esta plática sumaria, no contradicen ni menguan la generosa verdad esencial de vuestros anhelos por un arte indígena, producto natural y sano de las virgindades de nuestra indómita naturaleza americana.

No es ése, sin embargo, el aspecto más interesante de vuestra personalidad; enemigo de la literatura intranscendente, habéis afirmado así en los adoctrinamientos del libro como en las enseñanzas de la acción, que tiene supremo deber el pensamiento de armarse caballero en todas las luchas de la vida. “Nuestras sociedades, decís, no están pidiendo miniaturistas sino grandes voces humanas que anuncien al mundo la buena nueva de su advenimiento y su victoria. El artista es un alado conductor de humanidades. Su misión es

guiar a los hombres por la selva misteriosa, camino del bien, hasta las cumbres bañadas por el sol". Profesáis, pues, una filosofía bien terminante en la materia, y al organizar vuestra soñada república de ella desterraréis seguramente, como el divino Platón de la suya, aunque sin coronarlos de rosas, los gárrulos poetas del arte por el arte... lo que no impide, por fortuna, que entre tanto nos regaléis de cuando en cuando con exquisitos camafeos de arte puro, esculpidos en un verso primorosamente delicado y que para quienes saboreamos su belleza no tienen más que un defecto: el no sernos obsequiados más frecuentemente.

¿Hasta dónde es admisible el dogma, basado sobre un concepto unilateral de la vida, que en vuestros escritos a menudo aparece con las precisiones de un apotegma indiscutible? Os son sobrado familiares los conflictos de ideas que esa antiquísima cuestión ha provocado, para que necesite recordároslos. Vos mismo suscitasteis alguna vez una investigación literaria acerca del punto, sin encontrar otro producto que el paralelismo de dos criterios, de dos tendencias irreconciliables que se prolongarán eternamente sin confundirse nunca en el porvenir, como no se fundieron jamás en el pasado, ya que ambas responden a peculiares exigencias del espíritu, que han de presentarse en el individuo y en las colectividades mientras no se rompa la armónica ponderación de la existencia. Por ello Jesús, más sabio que los hombres, cobijó en las sonrisas de su amor inefable los diligentes afanes de Marta y los estáticos ensueños de María.

Muy elocuentemente habéis dicho que "ser superior no es abandonarse a la languidez infecunda de los desvaríos, sino dominar el conjunto, añadir nuevas escalas ante lo ignoto y forzar al fin los límites como emanación victoriosa de la especie". Pero ¿acaso la belleza no levanta las almas por su propio, purificante ministerio, a las regiones serenas de lo justo y de lo bueno? La pugna implacable de las hipótesis, de las negativas y de las afirmaciones, de las certidumbres de hoy que son los errores de mañana; el forcejear sin tregua de contrapuestas doctrinas que se empeñan cada una en ser la panacea única de los males de los hombres, son sin duda indispensables al adelantamiento de la especie; ¿pero hemos de proscribir por ello los embelesos purísimos del arte, que es la suprema comunión de los espíritus? Subsistirán en el bullente correr de las edades las beligerancias que

fraccionan a la humanidad, porque habrá siempre intereses que se defiendan frente a las aspiraciones de renovamiento y redención; persistirá siendo el mundo un campo de batalla, mientras exista un fulgor de inteligencia en los cerebros y un átomo de energía en las voluntades; continuaremos repartidos los hijos de Deucalión en hostiles campamentos de la acción o de la idea; y en tanto que los dogmas muertos se desvanecerán como sombras de la nada, y las luces que hoy nos alumbran y que nos parecen inmortales se apagarán sin dejar un solo fleco de su lumbre, flotará eternamente a través de los progresos y de las generaciones, como un aroma inextinguible, en el recuerdo de los hombres, la enigmática sonrisa de Gioconda.

Mas, ¿a qué decir con las tosquedades de mi palabra indocta lo que vos habéis expresado admirablemente en un encantador apólogo? —“En un país lejano, del cual se habían olvidado las geografías, en un bello país sin historia, donde las gentes vivían de vida real, y no de recuerdos como vivimos nosotros, moraba un hombre sano y fuerte como un roble, alegre como un despertar y soñador como el silencio. El hombre tenía una granja, un campo de trigo y un pájaro azul que cantaba desde el amanecer, con un canto tan suave, y a la vez tan poderoso, que se hacía oír de todos los habitantes de la planicie. Nadie pasaba por el lugar sin decir su admiración por los gorjeos de aquella ave divina. Los mismos campesinos se recreaban escuchándola y como el sol bañaba las tierras, la temperatura era propicia, y la cosecha abundante; la región olvidada por las geografías, era por aquel tiempo la más feliz de todas. Pero ninguna felicidad es eterna y aun los países de ensueño están abiertos al mal. Un campesino creyó descubrir cierta vez, que el ave consumía demasiado trigo, desenterraba la semilla de los campos y distraía a los labradores de su tarea. Este hombre transmitió su opinión a otro, éste a un tercero, y se formó una corriente hostil contra el cantor admirado. El interés mezquino, hizo olvidar los gorjeos deliciosos. La hostilidad creció y fué unánime. Los agricultores afirmaron, que de seguir así, se arruinarían todos. Y a pesar de las protestas de algún soñador, se entendieron con un traficante que se llevó el pájaro azul hacia otras tierras. Se creía que los beneficios serían así mayores. Suponían que, suprimida la causa de diversión, las gentes trabajarían más. Imaginaban que llegarían

a tener mejor idea de sí mismos, haciendo desaparecer al cantor... Pero el ideal se venga de muy diversos modos. Desde que desterraron al pájaro azul, ni el sol baña las tierras, ni la temperatura fué propicia, ni la cosecha resultó abundante. Las gentes palidecieron y se tornaron agrías y descontentadizas. La región cambió de aspecto, y todos comenzaron a caer en la cuenta de que era el pájaro azul el que la había hecho feliz, el que la había dado su abundancia y sus goces... Desgraciadamente ya era tarde, el pájaro azul estaba muy lejos, y aquellos hombres rudos, privados de la felicidad por su propia torpeza, tuvieron que resignarse a entrar en la historia y figurar en las geografías. No olvidemos que el arte es el pájaro azul de la humanidad. En vez de serle hostil, alimentémoslo con rosas”.

El ave de la gentil leyenda, perdida para aquel pueblo infortunado, acaba de desgranar ahora ante nosotros las piedras preciosas de su canto, diciéndonos en lenguaje de cautivador hechizo la gloria inmortal de la mujer y la poesía; recordándonos que si la vida material es una selva oscura por entre cuyas malezas erramos en congoja de proscriptos, la vida del sentimiento es un carmen que el amor esmalta de flores y el arte de subyugadoras melodías.

Esclavo irredimible del destino, el hombre se arrastra como un forzado por los planos sin límites del tiempo. Las miradas indiferentes de la eternidad le vieron, al reflejo indeciso de las primeras auroras, disputando a las fieras su guarida y su alimento; le hallaron más tarde, salido apenas de la torpeza sin ensueños de su infancia, leyendo balbuceante las letras iniciales del enigma que nos envuelve y aprisiona; encontráronle luego, enseñoreado ya de algunas de las fuerzas que gobiernan la existencia, extendiendo a más amplios horizontes los mandatos de su imperio; contéplanle ahora, cercano por fin a las cumbres de su poder finito y aleatorio, rasgando uno a uno, en las impaciencias de su ambición rebelde, los últimos velos que parecen ocultar a la misteriosa Isis, simbólica encarnación de la Verdad que no es acaso sino fúnebre cifra de la Nada;—y en esa dolorosa odisea cuya alba perfuma la sonrisa de Eva, fué siempre la mujer la dulce compañera que ofreció con sus caricias premio halagador a los triunfos, entre sus brazos refugio á los desfallecimientos, y piadoso olvido a las derrotas con las sedantes ternuras de su encanto. Musa de la imaginación y

señora de las voluntades, Elena o Lucrecia, Eloísa o Beatriz, Isabel o Juana de Arco, en las alturas del trono y en las sencilleces del hogar, en los dominios de la realidad como en las proyecciones de la fantasía, su suave figura se destaca siempre, dando luz a las inspiraciones, vigor a las energías, consuelo a las angustias, ilusión, dicha y bondad a las almas.

Habéis puesto—en la producción cuyos ritmos, como el eco de una música lejana, aun nos extasían—marco de espléndida belleza a sus prestigios soberanos. El Ateneo de Costa Rica, que os admiraba ya por vuestros numerosos libros, plenos de juventud y fortaleza, de optimismo fecundo y generoso, conservará entre sus más gratas memorias el recuerdo de esta noche en que vuestro robusto numen, de costumbre ataviado con bélicos arreos, ha vestido las más ricas sedas del arte para rendir pleito-homenaje a la mujer y la poesía,—divinidades propicias que iluminan y ennoblecen nuestro lóbrego paso por el mundo.





El patrimonio de nuestra América

Conferencia dada por don Ernesto Martín

en el Ateneo, el 24 de junio de 1912.

Eran los pueblos de nuestra América a la hora de la independencia el producto de dos factores étnicos; porque al modo que los viejos hidalgos mantuvieron sus esposas y sus hijas en el celoso retiro de la casa solariega, conservó siempre la metrópoli sus vastas colonias de este mundo en riguroso apartamiento de contactos forasteros. Las huestes españolas que el huracán de la conquista condujo a nuestro territorio y los elementos autóctonos que en él vivían dieron, pues, con las fecundidades de su mezcla, origen a las naciones que al iniciar su curso el siglo XIX surgieron en este continente a la vida soberana.

Resultado de la conjunción de esos dos factores de raza, la individualidad de nuestra América tuvo que presentar los caracteres que su origen fatalmente le trazaba, por leyes harto conocidas para que con su exposición fatigue al ilustrado auditorio que me escucha. Propóngome indicar en este ligero ensayo los rasgos típicos de las dos entidades que contribuyeron a formarnos, determinando así el patrimonio de que al nacer disponían nuestros pueblos para los empeños de la lucha por la existencia y el rumbo que ésta había de seguir en sus comienzos, ya que el conjunto de sentimientos é ideas, de instintos y de hábitos que en ellas imperan, constituyen la dinámica de las colectividades.

Puestas, á partir de la Independencia, en relación constante con todas las civilizaciones, las Repúblicas hispano americanas han modificado después en diverso grado, el peculio de virtudes y defectos que por herencia recibieran. Algunas, favorecidas por especiales condiciones, han adelantado más en los perfeccionamientos del progreso, mientras otras, poco afortunadas, se han retrasado en el camino, retenidas por estériles convulsiones en que la sangre, la inteligencia y el oro se han consumido en holocausto al trágico Moloch de las contiendas intestinas. Pero en los avances serenos y prolíficos de las unas, como en los letales atardamientos de las otras, una misma es el alma que palpita y se estremece, imponiendo suprema solidaridad a nuestros pueblos: el alma de la América indo-española, producto complejo en que se miran confundidos el hierro hispano y el cobre indígena, los heroísmos y obsecaciones de los Corteses y Pizarros y las obsecaciones y heroísmos de los Guatemocs y los Caupolicanes, como en el genio fulgurante de Bolívar irradiaban confundidas la audaz acometividad de los grandes conquistadores y la obstinada abnegación de los caciques indomables, es decir, la epopeya toda de nuestra independencia.

* * *

Los anales de España son la Ilíada de la humanidad: cantos de un poema singular y augusto, en que las grandezas portentosas se suceden, llenando las edades con rugidos de leones. Presa su territorio de todas las conquistas, su existencia ha sido una lucha continuada por el dominio de su propio suelo, en incansable pugna con sucesivas y cada vez más poderosas invasiones.

Habitada en los albores de la historia por los iberos, *hombres de los ríos*, vinieron a poco los celtas, *hombres de los bosques*, a acomodarse también en la península, y ambas razas, bien pronto aliadas y como fundidas en una sola,—la celtíbera—constituyeron el estrato fundamental de su pueblo; el que impuso las características de su individualidad a la

nación que más tarde quedará formada con el concurso de otros hombres; el que dió rasgos distintivos al espíritu hispano, imprimiendo sello de uniformidad al curso de su vida.

Celtíberos son el desamor a la unidad, la tendencia individualista, la exaltación en los rencores, el fanatismo en los apasionamientos que aceptaron la pérvida alianza de Scipión, doscientos años antes de Jesucristo, y que veinte siglos más tarde facilitaron el advenimiento a las rapacidades napoleónicas. Celtíberos el intenso amor a la libertad y el salvaje desprecio de la vida, la sobriedad, la adoración a la independencia y el odio al extranjero que desbarataban, una tras otra, las férreas legiones romanas, y que detuvieron el vuelo audaz de las águilas caudales del gran Ejército de Austerlitz y de Marengo. Celtíberos la ruda energía, la afición a la aventura, el temperamento adusto y exaltado que han prevalecido en el genio español durante el largo curso de su historia, plena por ello de grandezas y desastres, de empresas prodigiosas y de profundos extravíos; en que el razonador rucio de Sancho marcha paciente detrás del idealista Rocinante, a pesar de que sabe que no son brazos de gigantes las aspas de molino y que la alta princesa Dulcinea es una mal oliente campesina del Toboso; que da a Colón las joyas de su reina para que explore el misterio, y decora á Manuel Godoy con los más altos blasones de su heráldica; en que al lado de las fúnebres siluetas de los grandes inquisidores se destaca la figura celeste de Las Casas; en que la dinastía de los toreros tiene cuarteles de tanto prestigio como las dinastías de la sangre; pero en que la estirpe de los Manriques, Garcilasos, Hurtados de Mendoza, Leones, Herreras, Cervantes, Vegas, Quevedos, Solises, Calderones, Quintanas, Larras, Núñez de Arce, Castelares, Menéndez Pe'ayo y Pérez Galdós, renueva sin cesar la pujanza de sus brotes; en que el fanatismo religioso ostenta exaltaciones tremendas, pero en que los fanatismos patrióticos alcanzan trágicas excelsitudes; en que todo—cumbres y abismos—se inmensifica en abruptas perspectivas, tal una cordillera que fuese olímpica sucesión de Chimborazos.

Fueron barcas fenicias las primeras que, en las excursiones de su actividad comercial, arribaron del Este a playas españolas; Cádiz el primer establecimiento cuyas viviendas extranjeras hicieron nacer en los celtíberos el concepto de la patria, del hogar propio a nuestro dominio reservado. En la

costa y a orillas de los grandes ríos extendieron aquéllos poco a poco sus colonias, y paulatinamente penetraron también en el interior,—solos al principio en su tarea de mercantil expansión y en concurrencia después con los rodios atraídos por la prosperidad de sus negocios, y con otros pueblos griegos que sucesivamente acudieron al cebo de la fácil ganancia. Floreciente más que ninguna otra la colonia fenicia de Cádiz, contra ella bien pronto encaminaron los naturales guerra de vigoroso impulso, firmemente resueltos a arrojar de su tierra al forastero, el cual pidió a Cartago apoyo. Solícito acudió el cartaginés al llamamiento, en además hipócrita de aliado, para convertirse presto, de defensor de Cádiz, en su rapaz dominador, conforme a un procedimiento que se ha apellidado púnico, pero que ha sido práctica constante en todos los fuertes de quienes indiscretamente pueblos o facciones débiles hayan requerido auxilio en sus contiendas.

Perdida Sicilia, presentábase España como espléndido sustitutivo, y a su conquista se dedicaron los cartagineses, con aquel método suyo de halagos y sobornos, de felonías y violencias, que tan buen éxito les diera en la guerra contra los mercenarios. Fué el destructor de éstos, Amílcar Barca, el sufeta sagaz e implacable de Macar y del desfilaro de la Hacha, el primer general de las operaciones; y durante nueve años las condujo con sangriento empuje, hasta perder la vida en el bloqueo de la antigua Bellia, en ocasión en que, desesperados los españoles de vencerle, lanzaron contra el enemigo bravos novillos en cuyos cuernos habían atado haces de paja embreada que encendidos al comenzar la refriega enloquecieron a los brutos, cuyo empuje fiero desordenó las compactas filas del cartago. Tras fugaz gobierno de Asdrúbal, fué reconocido jefe del ejército Aníbal, cachorro por Amílcar engendrado, cuyas insignes proezas bien pronto debían hacer olvidar las de su padre. Educado en la guerra y para la guerra, provisto por la naturaleza de geniales aptitudes militares que desde niño empeñóse Amílcar en acrecentar por adecuados ejercicios, aquel impetuoso capitán llamado a hacer estremecerse los graníticos cimientos del poder de Roma, lanzó como un torbellino sus huestes al combate y bien pronto puso sitio a Sagunto, no obstante que formales convenciones de paz contra tal ataque la amparaban. Con heroica decisión defendieron la ciudad sus ha-

bitantes; entre los escombros de las murallas, por los arietes destrozadas, prolongaron ocho meses, con tesón rabioso, la sublime resistencia; y cuando vieron cercana la derrota, formaron en la plaza pública hoguera inmensa, a ella arrojaron sus joyas y riquezas y, agotados los postreros esfuerzos de la titánica defensa, al fuego se lanzaron los últimos sobrevivientes—hombres, mujeres y niños—dejando al triunfador, como fruto de victoria, la desolación de un calcinado cementerio.

Aliados los españoles al romano en su lucha con Cartago, contribuyen al aniquilamiento de ésta y fácilmente se entregan al dominio de aquél, en la ceguera de su odio al africano, sin que las voces inspiradas de Indibil y de Mandonio y sus tosudas rebeldías les hagan darse cuenta del abismo en que se hunden,—extraviados también por la hábil política de Scipión el Grande, que a sus ojos se presenta como vengador de sus agravios y que con deliberadas acciones de clemencia sabe cautivar aquellos temperamentos simples y generosos. Cuando, vueltos de su engaño, intentan sacudir el yugo, tardíamente advertidos de que no han prodigado su amistad y su sangre sino para cambiar de dueño, las legiones romanas dominan eficazmente el territorio, y contra el acero de sus armas se estrellan impotentes. Derrotados y muertos Indibil y Mandonio, surge Viriato, renovando con arrojo y maestría, de triunfo en triunfo, la lucha inacabable, y no pudiendo vencerle, le asesinan los conquistadores que, desembarazados así de aquel rayo de la guerra, se vuelven contra Numancia, ansiosos de destruir el postrer foco de la independencia. Después de numerosos sitios y asedios que se llevan varios años y en que muerden el polvo millares de legionarios; reducidos los numantinos a miseria innarrable, alimentándose los vivos con los despojos de los muertos para prolongar la resistencia, desesperados pero no abatidos ante la proximidad del inevitable vencimiento, la tragedia de un siglo antes se repite, y hombres, niños y mujeres se arrancan la existencia, para que sea premio de la victoria un incendiado campo de cadáveres.—¡Gesto sublime de libertad ó muerte que esculpe en apoteosis de insuperable grandeza el recuerdo de Sagunto y de Numancia, y que, renovado dos mil años después en Zaragoza y en Gerona, caracteriza, entonces como ahora, la suprema altivez del pueblo hispano!

Subyugados a poco los cántabros, no sin que los suicidios colectivos en más de una ocasión se repitieran, fué

España provincia del Imperio, porque había de cumplirse el decreto de los dioses que el dominio del mundo á Roma señalara. Quedóle, empero, como signo de sus futuros destinos, la gloria de que habiendo sido la primera provincia invadida, fué la última provincia sojuzgada.

Sujeta la existencia de la península a la vida de la metrópoli, marchan ambas confundidas durante varios siglos, expoliada España por sus gobernadores como Roma por sus césares; dando a ésta emperadores ilustres, Trajano, Adriano, Teodosio; enriquecida por el primero de magníficas construcciones; dotada por Vespasiano de los derechos de ciudadanía; iniciándose lentamente en la civilización latina, en su pensamiento y en sus artes, en sus aptitudes y perversiones; influyendo en su literatura por los Lucianos, los Sénecas y los Marciales; y conservando, a despecho de todo, el sello especial del temperamento celtíbero, indomable y exaltado, propio por lo tanto para ser fácilmente inducido al nuevo credo religioso que entonces empieza a esparcirse por el mundo y que el paganismo combate con suplicios que no logran arredrar a la nación de las Numancias y Saguntos. Así sólo Zaragoza proporciona bajo el terror de Daciano mártires tan numerosos que se les llamará los innumerables, y el obispado de Córdoba se enaltece con la personalidad batalladora de Ossio; y en los abnegados fervores de la evangelización inicial parecen esbozarse ya las violencias implacables de la fe de más tarde, de la fe sombría del lúgubre Felipe.

El año 409 los vándalos, los alanos y los suevos que, durante algún tiempo, devastaran las Galias, pasan los Pirineos y como un torrente arrollador caen sobre España, cuyos campos y ciudades arrasan y destruyen. A arrojarlos llegan los godos conducidos por Ataulfo, como a combatir a los cartagineses vinieron antaño los romanos. Obra de los hombres, la historia se repite en monótona uniformidad de los mismos hechos, de los mismos errores, de métodos, de causas y efectos semejantes: dijérase que una divinidad burlesca y juguetona traslada á los escenarios del presente, cambiados apenas de nombres y de perspectivas, los personajes y cuadros del pasado.

Realizada por los godos la expulsión de vándalos, alanos y suevos, iníciase en España un nuevo período de singulares resultados: dos razas y dos civilizaciones van a fun-

dirse en una sola, depurándose por la acción de un elemento purificador los gérmenes nocivos que el contacto de las corrupciones romanas había infiltrado en la sangre celtíbera, pero subsistiendo a la vez los atributos de civilización que el dominio de Roma introdujera en España; porque de cultura inferior los nuevos conquistadores, hubieron de sufrir el ascendiente de aquella superioridad, más que ninguna otra avasalladora. Dotados los godos de numerosas virtudes naturales, amantes de la frugalidad y la templanza, respetuosos con la mujer y compasivos con el desgraciado, eran almas desde luego preparadas a la comunión del cristianismo; y todas esas circunstancias concurrentes habían de operar en corto espacio la fusión de dominadores y subyugados, constituyéndose así el reino godo-hispano, que luego conquistarán los sarracenos; en que las potestades civil y religiosa marchan estrechamente enlazadas, protectora y protegida a la vez una de la otra: cuyas leyes consagran ya el principio de la soberanía popular en la rotunda fórmula de "Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho non serás rey"; cuyos concilios son el primer esbozo de una representación nacional; cuyo Fuero Juzgo castiga a los jueces "que fagan tuerto por ruego, o por ignorancia, o por miedo y hasta por mandado del rey", proscribida la trascendencia de las penas y organiza sabiamente la familia, rompiendo tradiciones que aun imperaban en Europa toda; en que la agricultura era celosamente protegida, y el conjunto de cuyas instituciones presenta admirables excelencias, que sobradamente justifican los siguientes justicieros conceptos del discurso que precede al Fuero Juzgo:—"Fué una gran época... la que corrió desde el siglo V hasta el VII... Fué una gran nación la que venció a los romanos, rechazó a los hunos, sojuzgó a los suevos, y se estableció desde el Garona hasta las columnas de Calpe. Fueron una gran Iglesia y una gran literatura las que tuvieron a su frente a Ildefonso y a Eugenio, a Leandro y a Isidoro. Y fué más grande aun que todos estos elementos que le dieron vida, el célebre Código que nació en esa sociedad, que ordenó esa monarquía, que caracterizó esa época."

La batalla de Guadalete, en que las hordas sarracenas vencen y destruyen al ejército cristiano, marca el principio de ocho siglos durante los cuales imperará la media luna en tierras españolas. Parece sin duda una leyenda la

tradición que á los amores del rey Rodrigo con la Cava atribuye la tremenda catástrofe; pero que el árabe se encaminó a la península impulsado por la facción de los Witizas y el consejo traidor de Oppas y de don Julián, como indudable debe también considerarse. Las ambiciones políticas de los unos y los rencores de los otros, facilitaron la entrada al agareno, confirmando el fenómeno ya otras veces señalado. Va con ello a comenzar uno de los dramas más intensos de la historia: los restos de la nación deshecha en la fatal batalla durante la cual, en tres espantosas jornadas, se disputó entre el Africa y Europa el dominio de la península, huirán a refugiarse en las asperezas asturianas, ante el desbordamiento triunfante que todo lo sumerge; cercados en Covadonga, librarán batalla en que la desesperación hará el milagro de la victoria de uno contra ciento, y las rocas del patrio suelo se desplomarán por propio impulso sobre el ejército enemigo, o devolverán a éste sus dardos homicidas. España existe nuevamente; es ahora sólo Asturias, será mañana también León y Castilla,—abarcará luego tan vastas latitudes, que no se pondrá nunca el sol en sus dominios!

Extraña a mi intento y con la ocasión desproporcionada, sería la tarea de bosquejar siquiera los incidentes de la lucha, tenaz y procelosa, que por ochocientos años convulsionó el hispano territorio, para terminar al fin con el definitivo triunfo nacional, en los mismos sacros momentos en que el descubrimiento de América abría nuevos rumbos á la humanidad. La victoria de Pelayo es la primera escena de la más grande de las epopeyas; — tras éxitos insignes, vendrán derrotas lamentables; en varias ocasiones habrán de retroceder los soldados de la patria, para marchar pronto de nuevo hacia adelante; el estandarte del guerrero y la cruz del sacerdote estarán siempre unidos en el combate, ya que en la bandera del dominador brilla también la media luna del falso profeta; los azares de la lucha agruparán bajo un solo cetro las dispersas voluntades, que el innato amor á la personal libertad antes disgregaba; las necesidades de la guerra fortalecerán la autoridad suprema del monarca y encarnarán en él el sentimiento de la patria; en el áspero ejercicio de las batallas se templará el hierro de las virtudes recias y se derretirá la escoria de las amables benignidades, y en las violencias de la adaptación a aquella ruda existencia de campamentos y de bélicas expediciones,

subsistirán sólo los individuos de poderosa contextura. El pueblo vencedor de Boabdil, no será ya el mismo pueblo vencido en Guadalete; en vez de la España-nación de los godos, será la España-monarquía de los Fernandos la que colonizará la América. Una España de intransigente fanatismo, porque fué el brazo de Dios el que en Covadonga manifestamente acudió a su amparo, el que en Calat Añazor le permitió vencer al agareno, el que en las Navas de Tolosa abatió el imperio almohade; en que al antiguo "Rey serás si fecieres derecho, et si non fecieres derecho non serás rey", ha sustituido el "Allá van leyes do quieren reyes", porque es bajo la autoridad sin menoscabo del trono por primera vez alzado en Covadonga por Rodrigo, como se ha realizado el portento de la independendencia; de hombres como tallados en granito, porque esa consistencia dan a los músculos ochocientos años de batallas; en que el ansia de riqueza es más fuerte que el propio instinto de la vida, porque éste parece haberse disuelto en la sangre que empurpuran ocho siglos de combate; y en que el afán de las dominaciones se sobrepone a todos los anhelos, porque ha hecho de él una segunda naturaleza la perpetua reconquista del patrio territorio.

Tal fué la España venida a sojuzgarnos. Las características celtíberas fundamentales subsistían en ella, sin que hubiese sido bastante a destruirlas el choque de cuatro pujantes invasiones. Al estrato primitivo habíanse simplemente agregado otros sedimentos que, en concurrencia con aquéllos, aportarían también su contribución al patrimonio que al recluirse en el hogar de sus glorias solariegas, nos dejó España como eterno recuerdo de su imperio.

* * *

Encontraron los españoles a su llegada a nuestro suelo dos vastos imperios principales, México al Norte y en el Sur el de los Incas, ambos de civilización muy avanzada y de riqueza enorme; en el resto de la América tribus numerosas de diferente grado de cultura, de costumbres diver-

sas; consagradas unas a las funciones de la guerra como único ejercicio, pacíficas otras. La historia de la conquista es una sola, sin embargo, en sus caracteres esenciales, desde los dominios de Moctezuma a las regiones del extremo meridional del Continente. Los preciosos tributos con que aquél procura desviar a Cortés de sus estados, son nuevos acicates para la implacable conquista de México, como los tesoros de Cuzco son más premiosos incentivos para las avidas nunca saciadas de Pizarro. Ambos capitanes, y todos los que a la empresa de dominación se consagran, encuentran oposición de cada instante al violento despojo que efectúan: los cobrizos señores de nuestros bosques defienden sus dominios con el mismo arrojo supremo que los celtíberos mostraran antaño en la península.

Decidida la conquista de México por Diego Velázquez, que en la isla de Cuba gobernaba y a quien produjeron alborozo grande las nuevas obtenidas en la expedición exploradora de Grijalva, acerca de la estupenda riqueza del imperio de Moctezuma, fué escogido Hernán Cortés para capitán de la esforzada empresa, más porque se le suponía de flacas ambiciones y por ello no despertaba celos en Velázquez, que porque hubiese dado hasta entonces muestra concluyente de los talentos guerreros que, a poco, en tan alto grado desplegara.

Hubo Cortés de combatir desde que por aguas del río Grijalva se internó en el territorio mexicano. Resueltamente le atacaron los indios de Tabasco que en la costa del gran golfo estaban asentados, sin desanimarse por los triunfos repetidos que el español conseguía sobre sus desordenadas muchedumbres, sino cuando destrozados por los cañones que causaron en sus filas atroz carnicería, tuvieron que vencerse de la imposibilidad de su victoria. "Era grande el estrago que se hacía en ellos—Solís relata—y la artillería, como venían tan cerrados, derribaba tropas enteras; pero estaban tan obstinados y tan en sí, que en pasando la bala, se volvían a cerrar, y encubrían a su modo el daño que padecían, levantando el grito y arrojando al aire puñados de tierra para que no se viesen los que caían, ni se pudieran percibir sus lamentos".

Apenas sabedor Moctezuma de la presencia del extranjero en sus dominios, temeroso por las novedades que acerca de su poder sobrenatural se le refieren, trata de ale-

jarle con riquísimos presentes, que apenas si logran otra cosa que afirmar a los españoles en su intento. Los caciques de Zempoala, de Quialisbán y de las cercanas cerranías, a quienes maltrata el yugo mexicano, ponen sus rencores al servicio del aventurero, ávidos de acabar con la servidumbre que padecen, sin percatarse de que con ello a otro poder más oneroso se entregan maniatados; y Cortés avanza hacia la opulenta sede del monarca azteca, fomentando sutilmente la discordia en los territorios que atraviesa, para lograr más fácilmente su propósito.

Aunque enemigos de la tiranía de Moctezuma, no se avienen al principio los tlascaltecas a someterse a los hispanos, y una y otra vez los acometen con desnudo, hasta ser desbaratados por el empuje de los caballos y el fuego de la artillería; descubierto por los agoreros que son hijos del sol, cuya presencia los hace invulnerables, intentan de noche un nuevo ataque, que la vigilante pericia del conquistador también rechaza; y convencidos por fin de la inutilidad de sus esfuerzos, conviértense al cabo en instrumento de las huestes invasoras.

Sorteados los obstáculos que Moctezuma sembrara vanamente al paso del ejército enemigo, se aprestó entonces a hacerle recibimiento aparatoso. Rodeado de centenares de nobles, sobre andas de oro que delicadísimas labores de plumas matizaban, desplegando todo el boato de sus riquezas incontables, salió el monarca azteca al encuentro del capitán afortunado, que poco después habría de reducirle a vasallaje y cautiverio, creyendo descabezar así la resistencia de su pueblo; pero no reducidos por la prisión de su rey los belicosos mexicanos, sucumbieron a millares en la santa defensa de su suelo; más de una vez las armas españolas viéronse abatidas por el arrojo del indígena que rabiosamente mantenía la prepotencia de sus dioses y señores; en una noche triste se alejaron confusas de la opulenta ciudad de las lagunas, fugazmente restituida al dominio del azteca; hasta que eclipsado para siempre el astro del Anahuac, vencido Guatemoc y prisionero tras encarnizada resistencia, con él sucumbe, glorificada por el heroísmo del mancebo a quien no arredran los tormentos, la pujante entidad del imperio mexicano.

Nadie como ese príncipe encarna el alma de su raza: "¿Qué aguardas, valeroso capitán, que no me quitas la vida

con ese puñal que traes al lado? Prisioneros como yo siempre son embarazosos al vencedor. Acaba conmigo de una vez, y tenga yo la dicha de morir a tus manos, ya que me ha faltado la de morir por mi patria." Tales sus palabras a Cortés, cuando ante éste conducenle cautivo. Más tarde, acostado sobre ardientes brasas por el conquistador, para que declare dónde oculta sus tesoros, dirá al compañero de suplicio que menos valeroso parece doblegarse al sufrimiento: "¿Estoy yo acaso en un lecho de rosas?"

A la hora en que Hernán Cortés realizó su conquista, había alcanzado México progresos admirables. Exponíanlos de manera objetiva la fábrica imponente de sus palacios y sus templos, en que jaspes multicolores con otras duras piedras alternaban; las magnificencias de variado género que embellecían las grandes ciudades, el aparato todo de la vida cortesana; pero lo demostraban especialmente la abundancia de sus mercados, en que objetos preciosos, joyas, telas y múltiples artefactos se expendían; la organización experta del comercio; el hábil manejo de la hacienda pública y proporcionado reparto de los impuestos; el sistema de tribunales de justicia, con gradación de instancias, y la celosa represión de los delitos; la enseñanza pública esmeradamente atendida; el ingenioso calendario; los canales de riego, y muchas otras patentes manifestaciones de una cultura original y extensa.

Cuando en 1524 organizó Pizarro su primera expedición al imperio de los incas, hacía muchos años que sabían los españoles, por referencias de los guaraní y los charrúas, de la riqueza maravillosa del país de los caracaras, en que había montañas de plata y ríos que arenas de oro profusas arrastraban; y aun Alejo García y otros intrépidos aventureros, partiendo de las orillas del Mar Dulce y atravesando montañas y desiertos que en millares de leguas se dilatan, habían llegado a sus fronteras. El atractivo de aquellos tesoros inmensos, que las imaginaciones codiciosas e ignorantes magnificaban hasta lo absurdo, fué lo que atrajo las sucesivas expediciones que al cabo colonizaron la Argentina y lo que dió nombre de la Plata al río que, no conocida aún la ruta del Pacífico, como único acceso a la apetecida región se consideraba. Una tras otra remontaron las partidas exploradoras el curso de sus aguas hasta el Paraguay, para seguir de allí por tierra, a través del inmenso Chaco, al país

de los prodigios; y los pocos que volvían de aquel viaje que parece imposible, confirmaban la leyenda portentosa, cuyos ecos hacían delirar, en un sueño Mídico, las ambiciones de nobles y pecheros en la península asombrada.

Muy semejante en sus líneas características la conquista del Perú a la de México, que aquella copió como modelo, para que en su relato me detenga. Un pueblo que rechaza al forastero que viene a avasallarle; encuentros numerosos en que la táctica, la disciplina, la superioridad de las armas, dan el triunfo a un puñado de soldados sobre millares de combatientes, que sin orden ni concierto pelean y mueren bravamente en defensa de su patria; Atahualpa reducido por sorpresa al cautiverio y prodigando inútilmente sus tesoros para librarse de la muerte; las riquezas acumuladas por el esfuerzo de muchas generaciones, como premio de la espléndida aventura; un territorio inmenso, que la naturaleza colmara de sus dones más preciosos, agregado a los dominios ya incontables de León y de Castilla.

No menos amplia, y hasta en algunos conceptos superior a la de los mexicanos, era la civilización incaica; mucho hubiesen podido aprender con fruto los toscos guerreros que bajo el mando de un capitán que ni leer sabía la destruyeron implacables, de aquel pueblo cuyo gobierno estaba perfectamente organizado, en que las tierras entre todos equitativamente repartíanse, que daba asistencia y socorro a la vejez y la desgracia, cuyas artes producían exquisitas manufacturas; donde por sabio y obligatorio reparto de las propiedades, no había ricos ni menesterosos; que por medio de extensos acueductos vivificaba la agricultura; cuyos espléndidos caminos recorrían millares de kilómetros, facilitando la expansión de todas las actividades; en que las más puras virtudes domésticas con amor se cultivaban. Pero hábles llevado a aquellas tierras la codicia y se limitaron a saquearlas, para disputarse después sangrientamente, entre ellos mismos, el botín de la victoria.

Más al Sur la figura de Caupolicán se yergue, como símbolo de una epopeya que el genio de Ercilla ha perpetuado, y las hazañas del Arauco dan prez eterna al hijo de las selvas. Mas no tenemos que salir de Centro América para penetrar en el alma de la raza, porque los indígenas del istmo son legítimo exponente de las diferentes tribus en la vasta extensión de este mundo repartidas, de igual modo que don

Pedro de Alvarado y Pedrarias Dávila, por ejemplo, son tipos representativos de la raza de los conquistadores.

Fué éste el que ejecutó las primeras expediciones efectivas en el istmo, invadiendo los dominios del cacique Urraca, señor de Boruca, el cual opuso al empuje español los arrestos de una voluntad recia como los quiebra-hachas de nuestros bosques seculares. La primera vela que cruzó frente a la costa le encontró prevenido para la lucha; sobre los primeros españoles que pusieron pie en la playa se arrojó osado, causándoles pérdidas cuantiosas; destrozado por la artillería, vuelve con nuevos recursos a la pugna, espiondo prudente las oportunidades, cayendo sobre el enemigo con velocidad de flecha disparada por guerrera mano, retirándose luego a la protección de la espesura, genio vivo de la tierra que defiende, del pueblo que dirige, de la religión en que se inspira. Nueve años mantiene la desesperada rebeldía, sin que las armas españolas logren imponérsele; aprehendido por una traición, logra pronto evadirse y reitera con nuevas audacias el combate; y cuando, abandonado al fin por el cansancio de sus hombres, tiene que dar tregua a las hostilidades, se retira a morir en la montaña del dolor de no poder combatir más al extranjero.

Marchando hacia arriba, encuentra la conquista a Nicarao, temperamento de otra especie. A los emisarios que Gil González Dávila le envía con palabras de paz para que abrace el cristianismo y obedezca al monarca castellano, soberano del mundo, contesta que aceptará la religión que se le propone, si le parece buena. Era bastante por el momento para González y "sin perder tiempo comienza la empresa de catequizar al cacique, haciendo que el capellán le demostrara el error de la idolatría y la excelencia de la fe de Jesucristo. Dícele que no deben hacerse la guerra los unos a los otros y los excita a abandonar la borrachera a que se entregan en sus bailes, la gula, los sacrificios humanos y la costumbre detestable de comer la carne de sus semejantes. Parecen bien al cacique aquellos consejos, en lo general; pero observa que con bailar y embriagarse a nadie ofenden, y que no cree razonable que se les aconseje no entender en cosas de la guerra, pues no habían de dejar ese oficio a las mujeres. Pregunta en seguida si los cristianos tienen noticia del diluvio que anegó la tierra y si había de haber otro; si al fin de los tiempos se destruiría el mundo, o si caerían los

astros sobre él; cuándo y cómo cesaría el curso del sol y perdería su claridad, y lo mismo la luna y las estrellas. Inquiérese qué tan grandes son esos astros, quién los sostiene y los hace moverse en el espacio. Acusa a la naturaleza de imperfecta, porque había noches oscuras y frías, siendo más ventajoso al hombre el que hubiese siempre luz y calor. Quiere que le digan a dónde irá el alma después de su separación del cuerpo y si mueren el pontífice de los cristianos y el rey de Castilla; y por último pregunta para qué quieren tanto oro unos pocos hombres". Observaciones todas que denotan una intelectualidad no por cierto inferior a la de los rudos soldados que venían a civilizar el Nuevo Mundo.

Realizada la conquista de Guatemala por don Pedro de Alvarado, participa la obra del carácter del teniente atrevido y codicioso de Cortés. Centro, de otra parte, aquel territorio de tres fuertes monarquías, la de los quichés, la de los cakchiqueles y la de los tzutohiles, era más vasto el intento que tenía que ser llevado a cabo. Habíanse apresurado los segundos a rendir pleito homenaje a las armas españolas que en México acampaban. No así los quichés cuyos reyes, a la noticia de la próxima llegada de Alvarado, se aliaron a los señores de Soconusco y ofrecieron batalla al invasor en las inmediaciones de Tonalá, siendo completamente derrotados. No se desaniman por ello, y levantando nuevos ejércitos vuelven repetidas veces a la lucha, sin que los continuados triunfos del contrario les arredren. Unos tras otros caen los príncipes quichés en las refriegas, pero con nuevos caudillos prosiguen éstos los combates y ni la muerte de sus reyes en la hoguera quebranta la energía de los abnegados defensores de su hogar y sus altares.

Pero lo que no hacen las balas enemigas lo realizan los odios fratricidas. Aleccionado Alvarado por las experiencias de la guerra contra Moctezuma, explota las rivalidades que entre cakchiqueles, tzutohiles y quichés existían, y sucesivamente aliados a unos y otros, a todos los sojuzga y se hace dueño y señor de sus dominios. Una vez más se confirman las leyes de la historia que al examinar la de España hemos observado, y las fatales disenciones de los hijos de una misma tierra entregan al adversario común los destinos nacionales.

Como en Guatemala, hubo de combatir sin descanso el español en todas partes para someter los naturales a su

férula. Tal en El Salvador, en Honduras, en Nicaragua, en Costa Rica. La América entera fué durante largos años un campo de batalla: el indígena tenaz no era derrotado, en México como en Chile, en las márgenes del Plata como a los pies de la andina cordillera, sino para iniciar en seguida otro esfuerzo de rebelión desesperada. Y no se prolongó por más tiempo la lucha porque, al igual que los visigodos se mezclaron con los habitantes de la península, estableciéndose así una fusión de los dos elementos adversarios que extinguió las hogueras del encono, el español confundióse bien pronto con el indio, quedando consagrada la unión de vencedores y vencidos cuando hubo Tabarés de ojos azules.

Si investigamos qué aportaron los pueblos de este hemisferio en su mezcla con los soldados de la Iglesia y de la Monarquía venidos del Viejo Mundo en brazos del más portentoso de los sueños, la figura de Guatemoc se levantará antes que todas en los lienzos del pasado, repitiéndonos su inmortal "¿Estoy yo acaso en un lecho de flores?" fórmula de estoico heroísmo capaz por sí sola de consagrar en los bronce de lo eterno la memoria de una raza; y las virtudes de sencillez e independencia, de amor y culto a los recuerdos que constituyen el alma de la patria, de compenetración con la naturaleza que nos envuelve y nos sustenta, cruzarán en animada teoría por la memoria de los tiempos que fueron. Excluida por la conquista la bárbara religión de los humanos sacrificios; ahuyentadas al fondo más oscuro de las selvas las divinidades sanguinarias que tal tributo de existencias exigían, no pudieron, por desgracia, con igual eficacia borrarse las supersticiones de que esos cultos eran exponente, y el hábito de brutales inmolaciones que el ejercicio de ellos fatalmente implica; unas y otros reaparecerán en las domésticas contiendas de más tarde, haciendo de los primeros años de la independencia el cuadro doloroso y funesto de pueblos consagrados al desgarramiento de su propia vida.

Pero refresca la voluntad y levanta el espíritu considerar que si para la lucha de predominios, brutal aun en sus formas más cultas, a que el movimiento incesante del progreso arrastra a las naciones, no estamos armados de las aptitudes mercantiles o industriales de otros hombres, de sus hábitos de ponderación y de orden, somos el producto de dos razas fogueadas en el irafortunio, de intelecto fecundo

y corazón sano, abnegadas y creyentes; y que cuando necesitemos lecciones de energía para los combates de la vida, en este siglo en que la energía tanto se exalta, bastará con que volvamos los ojos a nuestros antepasados, celtíberos o araucanos, españoles o indígenas.

